

MARUJA MALLO (Ana María Gómez González)

(Vivero, Lugo, 1902 – Madrid, 1995)

Basuras, 1930.

Óleo sobre cartón

Col. de Arte Fundación María José Jove



Maruja Mallo ingresa en 1922 en la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Gracias a su amistad con Salvador Dalí, quien la definió como: “mitad ángel-mitad marisco”, entra en el círculo de la Residencia de Estudiantes, donde trabaría amistad con Alberti, Lorca y Buñuel.

Este ambiente fue influyente para su obra posterior, como también lo fue su carácter libre y transgresor, un temperamento artístico que la llevó a ser una artista inclasificable a pesar de que su nombre estuviera muy unido al del surrealismo. Fue pintora, también escenógrafa, pero, sobre todo, fue una creadora de mundos que comenzó realizando una pintura de tipo popular cargada de simbolismo e ironía.

En 1928 fue apadrinada por Ortega y Gasset, quien le organiza una exposición de arte en los salones de la *Revista de Occidente*. En 1932 obtiene una beca para marchar al París de los surrealistas, pero a pesar de su éxito en la ciudad de las luces decidió volver a España para participar en la política cultural del gobierno de la República.

El inicio de la Guerra Civil le sorprendió formando parte de las Misiones Pedagógicas en Galicia. De allí viaja a Portugal y terminará exiliándose por un largo periodo en diferentes países americanos. A su regreso a España tendrá que esperar hasta el inicio de la Transición para ser reconocida, recibiendo en 1982 la medalla de oro de Bellas Artes.

Como otras muchas, establece un imaginario muy distinto al esperado para una mujer artista de principios de siglo, y aunque mucha de la crítica fue estricta con ella por el hecho de ser mujer, también recibió alabanzas que hicieron posible que la de Maruja Mallo fuese una trayectoria similar, aunque con más trabas, a la que un hombre podría haber tenido.

LUCÍA PÉREZ GARCÍA / ALEJANDRO FAGO RUBIO